
Siempre es un gusto el hecho de celebrar la publicación de un nuevo libro, aunque normalmente ignoremos las diversas circunstancias que le rodean antes de llegar a este momento. El proceso contiene varias etapas que nos anclan a los designios de una obra que poco a poco va adquiriendo vida propia. Desde soportar la crítica en eventos académicos de diverso propósito y naturaleza, hasta la infinidad de consultas y correcciones con editores, correctores, etc., estamos condenados a seguir sus distintos derroteros. *Una dinámica rural: Movilidad, cultura y región en Veracruz* (2008) de David Skerritt, no está exento de todo ello.

El texto que sigue no asume la empresa de describir puntualmente cada uno de los capítulos que forman el libro, simplemente intenta llamar la atención sobre algunos de los rasgos generales tomados a partir de lo que he llamado los bloques que lo integran, en la medida en que me permiten establecer brevemente el fondo de la obra. Sin embargo, me detendré un momento en aquellos tramos que me han parecido sugerentes o incluso imprescindibles para apreciar la complejidad de lo rural, situación que por sí misma resulta un aporte puesto que se trata de cuestionar una concepción tal, con el propósito de apartarse de las nociones que atribuyen características inmutables o dicotomías insal-

vables para diferenciar lo urbano de lo rural, como si ambos elementos fuesen realidades autocontenidas, sin mutuas interdependencias.

El primer bloque del libro lo integran los tres capítulos iniciales, en el que se nos plantea cómo se van sucediendo las distintas mutaciones en el espacio, los conflictos inherentes a la apropiación del territorio, así como el flujo de mercancías y el tránsito de pobladores, hasta poco después de concluido el proceso revolucionario. Esto es lo que para Skerritt constituye una suerte de preámbulo a los capítulos que siguen y a los que dedicaré una parte sustantiva del libro.

La obra es profusa en términos históricos, sin que ello signifique algún desdén por la coyuntura o, como el autor menciona, “el tiempo corto”. En este sentido, existe una suerte de juego con la temporalidad que nos permite ubicar, por un lado, el lento proceso de la conformación de una región y sus distintas transformaciones; mientras que, por otra parte, se nos ofrece un minucioso análisis comparativo de los conflictos políticos en el ámbito local. Por lo mismo, esta historia arranca desde la etapa precolombina en la que pueden hallarse “lazos de interdependencia” entre la sierra poblana (donde se localizan municipios tan importantes como Chignahuapan, Huauchinango, Tetela de Ocampo, Teziutlán, Xicotepec de Juárez, Zacatlán y Zacapoaxtla; lo que

se conoce como la Boca Sierra), y la planicie costera del Golfo de México, en particular los municipios de Nautla, San Rafael y Martínez de la Torre.

El marco histórico del que se parte hace patente un largo ciclo en que se entrecruzan la formación conflictiva de una vasta región entre Puebla y Veracruz, los procesos de poblamiento y la dimensión étnica de la ocupación de la zona (nahuas en la sierra norte de Puebla y totónacos en la porción serrana y costera de Veracruz), el choque cultural entre españoles y nativos, el brote de “nuevas enfermedades” que diezmaron a la población indígena, la transformación de los ecosistemas con base en la incorporación de plantas y animales a los sistemas productivos (sobre todo la cría de ganado impuesta por los españoles), así como la conformación de determinados tipos de gobierno, entre otros elementos. No obstante, el texto no tiene las pretensiones de constituirse en un tratado sobre la historia de una región particular de México. El largo trecho histórico que cubre, permite situar los cambios y continuidades que se suceden en el espacio, así como los procesos sociales que derivan en conflictos por la apropiación física del territorio, sin desdeñar las disputas de carácter político que, al mismo tiempo, constituyen formas de apropiación y diferenciación simbólicas.

Por cierto, ambos bloques no sólo los hilvana la historia como si fuese la concatenación de cierto tipo de episodios o la labor del historiador que detecta similitudes y diferencias, cambios y continuidades en un territorio tan extenso. Algunos temas que están presentes durante todo el recorrido de la obra son: la transformación de los ejes de la dominación, las modificaciones al espacio provocadas por quienes tratan de controlarlo y obtener beneficios, así como el papel de los actores en coyunturas específicas que, aun cuando pueden comulgar con una determinada ideología, dependiendo del lugar en el que actúan, su desempeño puede revelar incluso situaciones harto contradictorias. Si bien el enfoque histórico resulta dominante, se reconoce que otros campos del conocimiento pueden contribuir a la comprensión de su objeto de investigación. Por ello, el autor se instala en una perspectiva que trata de dialogar con otras disciplinas, de tal forma que no escatima esfuerzos por abarcar y poner en comunicación elementos de la antropología y la sociología, entre otras corrientes del pensamiento.

Ahora bien, otro elemento que está presente en varios momentos es el papel de los cacicazgos y las circunstancias en que éstos van cambiando de una familia a otra. En este sentido, resulta ilustrativo ver a lo largo del texto el poder que logran acumular

familias como los Zorrilla, quienes posteriormente son desplazados por los Ávila Camacho, justamente cuando los hermanos Maximino y Manuel han alcanzado la mayor concentración de poder tanto en el plano estatal, como en el nacional. Sin embargo, estas familias son sólo unas de las más representativas de los grupos de poder en la región, pues no fueron las únicas. El libro destaca, por ejemplo, la actuación de grupos que se disputan el eje de la dominación en el espacio local como los rancheros o los propios inmigrantes franceses que se habían asentado sobre el ahora municipio de San Rafael y su zona colindante. De hecho, el desplazamiento de unas familias por otras en el control de los recursos locales, también está ligado al traslado y la emergencia de nuevos centros de poder, lo que se expresa en la disminución de la influencia de la ciudad de Teziutlán y el ascenso de Martínez de la Torre, por el dominio que irán adquiriendo poderosas familias terratenientes, como los Manterola, por poner un caso.

Cabe destacar también la importancia que adquiere la intervención del Estado respecto al reconocimiento de las comunidades y sus demandas, sus estrategias para alcanzar la anhelada modernización (recordemos, como nos dice Skerritt, que los procesos de colonización de franceses en la zona de Jicaltepec y San Rafael parten de esa premisa) y la integración del territorio, así como la connotación

ideológica que bajo la categoría de campesinos se atribuye a una diversidad de individuos o grupos sociales. La idea del campesino —nos dice el autor— no era un término que figuraba “como categoría oficial en censos e informes gubernamentales del siglo XIX”. Pero en la lógica estatal posrevolucionaria, el discurso oficial incorpora la noción de campesino para forjar, también, el basamento identitario de las “clases subordinadas del campo”; noción mediante la cual se pretendió desaparecer a los indígenas, en tanto que eran portadores de culturas opuestas a la modernización. Tal proceso no puede darse sin lo que Bourdieu¹ llama la violencia simbólica o lo que en palabras de Tylor² significa el nulo reconocimiento a las diferencias. Nada hace más daño, nos recuerda Tylor, que la falsa aceptación del otro; peor aún, la visión deformada de la identidad personal y colectiva.

Los tres capítulos finales constituyen el segundo bloque del libro y ahí se profundiza sobre los pueblos de Puntilla Aldama y La Palma. En ellos se tratan temas como la relación campo-ciudad, al mismo tiempo que

¹ Pierre Bourdieu y Loïc J. D. Wacquant, *Respuestas por una antropología reflexiva*, Grijalbo, México, 1995.

² Charles Tylor, *El multiculturalismo y la política del reconocimiento*, col. Popular, núm. 496, FCE, México, 1993.

se incorporan asuntos relacionados con los procesos demográficos, los conflictos derivados de la apropiación de la tierra y las características particulares que los diferencian respecto a la organización social de sus pobladores, así como los dispositivos culturales que permiten mostrar los contrastes de ambas localidades.

Con todo, lo que ha mi juicio resulta más interesante de esta segunda parte es lo que llamaría su dimensión exploratoria. Esto es así porque se incorporan nuevos enfoques al análisis de lo rural y, al mismo tiempo, se suman temas que antes ni siquiera podíamos cuestionarnos que pudiesen tener alguna relación con el campo. Este análisis exploratorio tiene como eje las aportaciones en torno a la nueva ruralidad, las cuales han hecho estallar nuestras añejas concepciones y el sentido común que sobre el agro a menudo invocamos. La nueva ruralidad intenta ampliar la mirada sobre la vida en el campo, más allá de la visión productiva que nos hemos forjado de él. Desde la óptica de la nueva ruralidad pueden ingresar temas como el de los espacios construidos y las formas del hábitat rural, el entorno ambiental y el uso racional de los recursos naturales, así como nuevas estrategias de desarrollo económico, entre otros elementos. Por ello, estos capítulos se inician discutiendo la relación rural-urbana, la traza urbana de los poblados otorgando determinados

atributos al espacio, las dimensiones de los predios y el uso de los mismos, entre otros aspectos. En estos términos, el aparente contraste entre sus dos modelos —digamos— de asentamientos urbanos, La Palma y Puntilla Aldama, no es tal en la medida en que Skerritt encuentra patrones muy similares en la estructura reticular del espacio en ambos poblados. Entonces, ¿no es acaso contradictoria esta situación a nuestras consideraciones sobre el campo? Desde luego que no y, en este sentido, Skerritt aporta elementos para entender cómo se fue construyendo el espacio urbano en ambos poblados.

Bajo la nueva ruralidad, insisto, se asume el reto de considerar otros elementos más allá de la cuestión productiva. Por ello, es importante el tema ambiental porque se reconoce que ciertas estrategias de modernización rural han terminado por deteriorar los recursos naturales, con las funestas consecuencias que ya conocemos. En este sentido, con *Una dinámica rural* aprendemos que éste tipo de política es ancestral. En uno de sus pasajes podemos conocer cómo el vínculo entre la serranía y la costa se daba a través de operar un sistema que consistía en desmontar y dejar lista la tierra para incorporar la ganadería como actividad principal en las parcelas.

Retornando al análisis comparativo de las dos comunidades estudiadas,

me interesa subrayar la importancia que adquieren las relaciones de dominación en el espacio local, así como los vínculos que se establecen con el sistema político. Vale la pena recordar que estamos hablando de dos localidades que han experimentado cambios por el impulso de cierto tipo de agricultura de plantación (la caña, primero, y los cítricos, más recientemente) y el desarrollo de la ganadería. En este caso, tiene una particular relevancia el proceso agrario porque, en alguna medida, muestra el papel que desempeñan los actores involucrados y la emergencia de otros participantes en el conflicto. En efecto, las modificaciones que la reforma agraria produjo no sólo dieron origen a la aparición del ejidatario, sino a una suerte de reconfiguración del poder local “y del dominio sobre los recursos, donde él es un elemento más entre varios”. Para demostrar la importancia de la población ejidataria se recurre a la comparación entre el crecimiento de la población de Martínez de la Torre y el aumento de los ejidatarios. En este sentido, se aprecia cómo hacia la década de 1930, los ejidatarios eran una minoría en relación con la población total del municipio, pero en la década 1940 se observa un crecimiento que podríamos calificar de exponencial de la población ejidataria que casi llega a igualar a la población total del municipio. La forma en que se da el reparto en el periodo

de 1930 a 1960 muestra cómo casi la “mitad del territorio del municipio de Martínez de la Torre pasó a manos del sector ejidal”, espacio que debió negociarse con otros actores de la zona (rancheros, caciques e incluso los inmigrantes franceses que ya ocupaban tierras fértiles sobre la zona de San Rafael). En este proceso no puede desdeñarse el papel del Estado, sobre todo por la velocidad con que “se tramitaban las solicitudes y, desde luego, el sentido de los dictámenes”.

La demanda de carácter agrario no sólo nos ilustra sobre la importancia que va adquiriendo el ejido, sino que, además, permite introducir el tema del comportamiento político mediante un par de categorías: la infrapolítica y la gran política. La primera de ellas alude a la apropiación de los recursos y los roles de autoridad al interior de las comunidades; mientras que la segunda, permite ilustrar las maneras en que los actores locales logran insertarse en “un entorno político más amplio” y sacar el mejor provecho de ello. Nuevamente aquí encontramos diferencias entre ambas comunidades, pero en cada una de ellas se destaca el papel central del ejido. Mientras en Puntilla Aldama la lucha entre facciones es moneda corriente desde los tiempos del reparto agrario —situación que se manifiesta tanto dentro como fuera de la propia comunidad, lo que ha incidido “en modificaciones

a su liderazgo”—, en la Palma, por el contrario, los conflictos son menos evidentes o más sutiles. En este caso estamos en presencia de una suerte de desplazamiento de los conflictos de la arena propiamente política, a otro tipo de escenarios inocuos (festividades, por ejemplo) a fin de disminuir la intensidad de las disputas. Por un lado, encontramos una localidad abierta al entorno sociopolítico, no obstante el evidente divisionismo interno; mientras que, por el otro, tenemos una comunidad cerrada y que trata de ocultar sus contradicciones. En este sentido, podemos decir que para Puntilla Aldama las relaciones que sus líderes pueden forjar hacia el exterior se convierten en un recurso tanto para modificar los equilibrios internos, como para satisfacer sus deseos de escalar otros niveles de poder. Por el contrario, La Palma mantiene una relación política con el exterior menos intensa y “de poco alcance”, pero hacia adentro el ejido mantiene casi un absoluto control de lo que sucede en su entorno.

Otra de las diferencias notables entre ambas comunidades es lo que podría denominarse la densidad institucional que se presenta en el ámbito local. Como ya mencionábamos, en La Palma el ejido conserva un poder incontrastable, mientras que en Puntilla Aldama convive con otras autoridades, por ejemplo, la agencia municipal por la que pasan recur-

sos provenientes del Ayuntamiento. “La Palma se ordena básicamente en torno al ejido, sus recursos y [...] su amplia institucionalidad [...] Puntilla Aldama, por el contrario, alberga varios sectores para los que lo agrario es sólo una de sus partes constitutivas [...], es un espacio en el que compiten actores y grupos sociales, oficios y profesiones (ejidatarios, avocados, taxistas, transportistas, comerciantes, etc.).”

A estas alturas, lo que el texto demuestra con amplitud no sólo es la complejidad de lo rural sino, al mismo tiempo, reivindica el papel de los actores locales que en un contexto de conflicto, con oportunidades y límites, pueden incidir en su propio devenir frente a los riesgos que la vida les plantea. Una perspectiva así asume sin prejuicios que el desempeño de los actores sociales puede dar lugar a situaciones no previstas. En otras palabras, permite reconocer en los actores sociales la capacidad de agencia para modificar el curso de los acontecimientos en que se ven involucrados o, al menos, atenuar los impactos negativos de aquello que sospechan puede afectarles.

Por todo lo anterior, considero que el libro tiene el mérito de abordar lo rural desde una amplia dimensión espacial que permite al lector observar los cambios y continuidades en el paisaje, los usos de los recursos naturales, los diferentes modos de asentamiento,

la diversidad de ejes productivos, los intercambios inter y extralocales, los conflictos políticos y las luchas faccionales por el poder a escala micro-local, entre otros elementos. Por ello mismo, el texto constituye una contribución al estudio de las políticas en el ámbito local y regional, de tal manera que ilustra el papel que juegan los actores principales en un escenario convertido en campo de batalla donde se lucha por la conquista del poder; vale decir, un constante juego en el que los participantes están dispuestos a alcanzar la hegemonía.

Por último, solamente quisiera agregar que *Una dinámica rural. Movilidad, cultura y región en Veracruz* contiene varios elementos que convierten el texto en lectura imprescindible para estudiantes de historia, en la perspectiva de un análisis regional bajo el esquema de la larga duración. También es propio para estudiantes de sociología, antropología e incluso de otras áreas del conocimiento. Pero

no sólo es propicio para estudiantes, es igualmente una contribución para el diálogo entre colegas con quienes se comparten trayectorias académicas, así como intereses temáticos. En este sentido, el libro constituye una aporte innegable al estudio de las regiones veracruzanas en el que se amalgaman temas tan importantes como la construcción de identidades y sus transformaciones históricas, las modificaciones del espacio habitable y los flujos que ahí ocurren; ingredientes que explican los cambios y continuidades en el territorio y la cultura regional. Pero, más allá de lo que se pueda decir, corresponderá finalmente al lector profundizar sobre los contenidos de cada capítulo y sacar sus propias conclusiones.

Efraín Quiñonez León
 Instituto de Investigaciones
 Histórico-Sociales,
 Universidad Veracruzana